

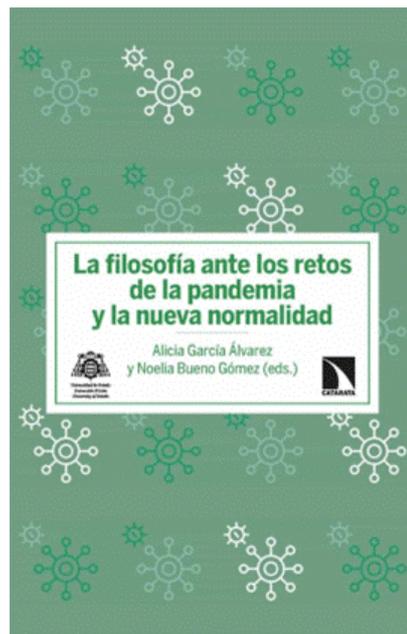
Alicia García Álvarez y Noelia Bueno Gómez (eds.), *La filosofía ante los retos de la pandemia y la nueva normalidad*.

Madrid/Oviedo, Los Libros de la Catarata/Universidad de Oviedo, 2022, 288 págs.

Aida Martínez

La llegada a nuestras vidas de la COVID-19, causada por el SARS-CoV-2, fue como la irrupción de una banda de visitantes atolondrados a una casa que no les esperaba. Se saltaron cualquier obstáculo en el camino, entraron de golpe por puertas y ventanas, adentrándose en todas las habitaciones sin importarles si eran bien o mal recibidos, dejaron todo patas arriba y a los habitantes de la casa confusos, furiosos, y enfrentados entre sí y al terrible descubrimiento de que su hogar era mucho más frágil y vulnerable de lo que se habían imaginado. Comenzaron a hablar entre ellos, a discutir, a hacerse preguntas, a buscar culpables e inocentes. ¿De dónde venían y cómo habían entrado aquellos extraños? ¿Alguien había dejado mal cerrada la puerta? ¿Por qué eran tan débiles los cristales de las ventanas? ¿Quiénes se harían responsables de los destrozos causados? ¿Volverían los habitantes y la casa a ser los mismos tras aquel *shock*? ¿Querían ser los mimos? ¿Cómo prepararse para que aquello no sucediese de nuevo? Los capítulos que componen el libro *La filosofía ante los retos de la pandemia y la nueva normalidad* (doce en total) nacen de la visita y estancia inesperadas que supuso la COVID-19. Inesperadas en la medida en la que los diferentes gobiernos no prestaron atención a los pronósticos de la OMS, cuyas advertencias del riesgo de irrupción de una pandemia (o pandemias) global ya se remontaban a años atrás, descuidando los diferentes medios de prevención de las mismas.

En este libro publicado por Los Libros de la Catarata y la Universidad de Oviedo, y editado por Alicia García Álvarez y Noelia Bueno Gómez, múltiples autores y autoras del Departamento de Filosofía se dan cita para prestar oídos a los habitantes de la casa



(«la casa común», como dirá Asunción Herrera Guevara en el capítulo ocho). No sólo escuchan, también hacen un llamamiento a ver la llegada de la COVID-19 como una oportunidad una vez superados el estado *shock* y de duelo por las desgracias que consigo trajo. Ya que el mayor deseo de la ciudadanía era el de estrenar esa «nueva normalidad» que a bombo y platillo era anunciada, ¿por qué no aprovechar la plasticidad del momento para intentar configurar una «nueva normalidad» mucho mejor que la que queda atrás? En las páginas de este volumen veremos propuesta tras propuesta, sin llegar a experimentar nunca la sensación de monotonía ni repetición, pues los frentes a abordar son muchos: la difusión de información científica y la comunicación del riesgo; la manera en que las cargas sociales de la pandemia no fueron equitativamente distribuidas; la posible emergencia de nuevas pandemias a raíz de nuevos casos de zoonosis; la urgente necesidad de cambiar nuestro modelo económico actual así como la manera en la que nos relacionamos con otros seres vivos y el medio.

Al dar cuenta de todos estos temas de enorme relevancia social, los autores y autoras muestran un claro ejemplo de filosofía comprometida con la sociedad, la que, tal y como anuncia el título del propio libro, asume los retos sin dudarlo. Desde la perspectiva del artículo de David Sánchez Piñeiro (capítulo uno), donde se hace un análisis de la breve pero llamativa irrupción mediática protagonizada por los filósofos españoles a finales de marzo de 2020, nos encontraríamos con un libro donde los autores y autoras han escogido desempeñar el rol del filósofo democrático, esto es, el de ciudadanos que no tienen respuestas absolutas ni la capacidad de elevarse para ver por encima del resto, que utilizan las mismas fuentes de conocimientos al alcance de los otros ciudadanos, siendo lo que legitima su discurso su capacidad de observación, la profundidad y calidad de sus reflexiones, así como la riqueza de sus opiniones y propuestas. Y es que la pandemia, a nadie le cabe duda, ha sido un evento histórico en tanto que su impacto no se limitó al ámbito de la salud, sino que puso de manifiesto las múltiples vulnerabilidades estructurales de nuestro mundo globalizado e hiperconectado. Allá donde mirásemos, ya en la sanidad, ya en la política, la economía, educación o la comunicación, la aparición de la COVID-19 sacaba a relucir algún problema al que hasta entonces no se le había prestado la suficiente atención o que había sido supeditado a intereses más inmediatos, propios de agendas políticas cortoplacistas.

Cabe preguntarse: ¿hubo una adecuada gestión y difusión de la información científica y de la comunicación del riesgo? Todos los artículos que sobre ella tratan emiten una valoración negativa (capítulo uno, cinco y doce): se podría haber proporcionado a la ciudadanía una información de mayor calidad y rigor, pero no se hizo. En el artículo que abre el volumen y que examina el papel de los filósofos y filósofas cuando la población se volvió hacia ellos en busca de respuestas, se llega a la siguiente conclusión: lo cierto es que no estuvieron a la altura de las expectativas. Aunque puede que el problema también se halle en qué es lo que la ciudadanía esperaba de los filósofos, es decir, en el imaginario que de estos tenían. Quizá deba prestarse atención al modelo educativo, que antes que filosofía enseña la historia de esta, con un especial énfasis en la platónica, seguida por la aristotélica. Esto explicaría por qué lo que la ciudadanía esperaba de los filósofos no era tanto un análisis crítico ni propuestas, sino la luz fuera de la caverna de confusión e indefensión en que la llegada de la pandemia les había sumido. Es decir, esperaban a filósofos platónicos con soluciones absolutas; ilusión alimentada por ser esta la imagen más extendida de la filosofía y a veces tristemente reforzada por los propios filósofos. Se critican apariciones como la del esloveno Žižek o Agamben por su cualidad de «expertos en deconstruir el mundo sin la más mínima intención de reconstruirlo» (Germán Hevia Martínez, capítulo 12). Estas figuras parecen disfrutar de la notoriedad y de llevar la voz cantante, sin prestar demasiada atención a los tempos especiales que necesita el ejercicio de la filosofía, de la que, como se dice «Levanta el vuelo al anochecer». Es comprensible que en una sociedad en la que cada vez se asocia más el comunicar y compartir de manera compulsiva con la sensación de éxito y eficacia, los filósofos también traten de encontrar su hueco imitando esta dinámica en un desesperado ejercicio por adaptarse o morir. Pero cabe preguntarse si este es un futuro deseable para la producción del conocimiento filosófico, de las ciencias sociales y de las ciencias conocidas como STEM (Science, Technology, Engineering and Mathematics).

Pero es que no podemos escapar a la conciencia de que en una sociedad turbocapitalista, como lo es la nuestra, los intereses económicos tienden a intentar permear todas las esferas de la vida, incluso aquellas que no deberían verse envueltas. La pandemia puso de manifiesto con extrema crudeza algo que algunos ya sabían, otros sólo intuían y el resto descubrió a raíz de los acontecimientos: las personas son

vistas como fuentes de producción y consumo antes que como fines en sí mismas (capítulo dos). Si bien es cierto que países, como en el caso de España, decidieron priorizar el frenar el avance de los contagios antes que mantener los mismos niveles de producción, esta no se paralizó por entero. Las deliberaciones sobre qué servicios serían considerados esenciales pasaron por decisiones muy obvias (servicios de salud, supermercados, recogida de basuras) o más controversiales (peluquerías), y causaron malestar entre aquellos que comprendieron que se verían expuestos a un mayor riesgo de contagio, tanto personal como hacia aquellas personas con quienes conviviesen. A pocos se les escapó la ironía de que buena parte de los servicios que pasaban a considerarse como esenciales estaban desempeñados por personas generalmente ligadas a una baja posición socioeconómica, y que no solían gozar de reconocimiento por parte de los otros. Se vio cómo, a quienes ya eran vulnerables antes de la pandemia (menores ingresos económicos, viviendas con pocos metros cuadrados donde podían convivir con personas ancianas, mayor incidencia de enfermedades relacionadas con la pobreza, etc.) se les hacía doblemente vulnerables. De algún modo, el discurso parecía venir a decir: vuestra función es esencial, pero vosotros sois prescindibles. No en vano, una dura crítica que se repite en varios artículos del libro (capítulos dos, tres y cuatro) es el olvido de lo humano, es decir, las dimensiones psicológicas y emocionales durante la pandemia, olvido que pudo observarse en el ámbito carcelario, como se señala en el segundo artículo.

Si, como se había dicho, los seres humanos son valorados en relación a su capacidad productiva, cabe pensar que aquellos individuos confinados en instituciones y que cargan con un estigma social por ello, serán considerados como de menor valor y, por lo tanto, se verán más desprotegidos frente a amenazas como la que supuso el SARS-CoV-2. El mencionado artículo así lo confirma, denunciando una respuesta tardía a la hora de implementar medidas de protección para la población reclusa, así como un desinterés en destinar los recursos sanitarios necesarios. Es el sacar a relucir este tipo de situaciones lo que demuestra ese ya mencionado compromiso social, dado que los autores y autoras van más allá de las problemáticas obvias para rebuscar entre los resquicios de la realidad situaciones que también estaban ocurriendo, pero a las que no se les prestó tanta atención como a otras. Si bien es cierto que, como se dijo, de repente la población se dio cuenta de que aquellos grupos sociales que normalmente

se identificaban como perdedores (desempeñaban las tareas que nadie quería), vagos (¿por qué no se esforzaban más para conseguir un puesto mejor?), o simplemente desafortunados (el destino es cruel) eran aquellos que mantenían en pie el día a día de las personas, ¿cuántos de nosotros pensamos en aquellos grupos todavía más invisibilizados, los que han sido exorcizados del día a día, como pueda ser la población reclusa?

O, volviendo al debate de los servicios que debían considerarse o no esenciales, ¿cuántos de nosotros nos planteamos si la reproducción asistida podía o no ser considerada como servicio esencial? Esta deliberación tuvo lugar, y es Natalia Fernández-Jimeno la que da cuenta de ella en un artículo (capítulo cinco) que destaca por la claridad de su redacción, por una articulación brillante de la problemática, por la gran meticulosidad a la hora de aportar los datos y por lo acertado del planteamiento de estudio, pues Fernández-Jimeno no se pregunta si los servicios ofrecidos por los centros de reproducción asistida deberían o no ser considerados como esenciales, sino si hubo intereses económicos detrás de la fuerte insistencia de ciertos sectores de la reproducción asistida para que los centros no cesasen en sus servicios (pensemos que en España los centros públicos de reproducción asistida no representan más que un 25% del total).

La crítica y análisis a los intereses económicos son la tónica constante de la presente obra. Y es que la emergencia de la COVID-19, el modo en que esta fue gestionada y cómo afectó a las personas, no puede entenderse separada del mundo capitalista e hiperconectado en el que habitamos, aunque los discursos políticos y mediáticos intentasen representar el mundo como un lugar fragmentado, y el destino de los humanos como escindido del de la naturaleza. El capitalismo es ese sistema económico carente de lógica que reclama un crecimiento ilimitado en un mundo de recursos limitados. No es sorprendente que el mantenimiento de semejante sistema por parte de los países del Norte global haya llevado a una degradación ecológica tal que no sólo pone en peligro a los seres no-humanos, sino a los propios humanos. Esta degradación ecológica parece ser la razón incontestable de la emergencia de la pandemia y, lo que es peor, de posibles pandemias por venir (capítulos seis, siete y ocho). Debido a la pérdida de territorios naturales, que actúan como barrera entre las comunidades humanas y los organismos que pueden ser potenciales vectores de enfermedades, cada

año se producen cientos de casos de zoonosis. Si bien es cierto que buena parte de ellos logran ser contenidos y limitados a lo local, la hiperconexión de nuestro mundo aumenta el riesgo de que pase lo que pasó, es decir, que un virus se vaya a hacer turismo y cruce frontera tras frontera independientemente del color de su pasaporte. Esto significa que el modelo de globalización hiperconectada propio del capitalismo extractivista nos vuelve más vulnerables (capítulo siete) a aquello que ocurre lejos, pues aumenta las posibilidades de que lo lejano se desplace hasta ser cercano. De que lo local se vuelva global. Se hace acuciante un cambio de modelo económico, ninguno de los autores y autoras de este volumen dudan de ello, ahora bien, ¿existe un reemplazo para el modelo actual?

Se habla de cambios en nuestra relación con la naturaleza, de modificación de pautas de producción y consumo, de revalorización de lo rural como contraparte a la deshumanización capitalista (capítulo diez). Pero, a pesar de lo acuciante de que estos cambios se den, las tensiones geopolíticas, los intereses y las luchas por mantener el poder (ante la perspectiva de un medioambiente al borde del colapso se hace necesario asegurar territorios ricos en recursos), son obstáculos de magnitudes colosales. A este respecto, el artículo de José Ovidio Álvarez Rozada (capítulo seis) destaca entre todos los demás por la crudeza con que analiza las relaciones geopolíticas mundiales. El diagnóstico es malo, muy malo: atravesamos un resquebrajamiento de los modelos políticos, sociales y económicos que se establecieron tras la Segunda Guerra Mundial, es decir, el modelo neoliberal; resquebrajamiento que se ha visto acelerado por el impacto de la COVID-19. Asistimos a una constante tensión entre estados que buscan hacer de sus economías las más fuertes, ligados como están a la obsesión capitalista. Este estado de cosas se ceba en la calidad de vida de los ciudadanos, sumiéndolos en un estado de profunda incertidumbre, uno de los mayores malestares emocionales que los seres sintientes pueden experimentar.

Debemos agradecer a las editoras que, inmediatamente detrás de este duro golpe de realidad que tiene la fuerza para dejarnos entumecidos y cabizbajos, venga el artículo de Hugo Rodríguez Braga (capítulo siete) con una exhortación a no dejarnos vencer por el desasosiego de la situación presente ni del predecible futuro. El momento de resquebrajamiento puede ser también el de echar la vista atrás, analizar, aprender y poner remedio. Por supuesto, no debemos dejarnos llevar por ilusiones

cortoplacistas en las cuales todo esfuerzo tiene una recompensa inmediata o casi inmediata, es decir, de la que gozaremos en nuestro transcurso vital; esta clase de ilusiones pueden causar un gran daño, ya que lleva a los individuos a considerar como inviábiles o carentes de sentido aquellas acciones que no vayan acompañadas de un resultado inmediato. Frente al proverbio griego «Una sociedad se hace sabia cuando sus mayores plantan árboles sabiendo que no gozarán de su sombra», tenemos la cultura de la inmediatez, del quiero algo y lo quiero ya. Por eso, junto con estrategias concretas, Rodríguez Braga destaca la importancia del aspecto emocional de cara al cambio social. En este caso, se trata del sentimiento de injusticia: asistimos a la pérdida de la biodiversidad, a la progresiva inhabitabilidad de nuestro planeta, a un intercambio ecológico desigual que lleva beneficiando al Norte global durante décadas, los estados han tendido a conformarse con medidas paliativas antes que preventivas, es decir, con amortiguar el daño y sufrimiento antes que prevenirlo, se espera que nuevas pandemias emerjan durante este siglo... parece una lista de motivos más que suficientes para despertar el sentimiento de injusticia.

Este sentimiento de injusticia se incrementa si pensamos la expansión de la COVID-19 ya no sólo como una pandemia, sino como una *sindemia*. Esta es la propuesta de Asunción Herrera Guevara en el capítulo ocho del libro. *Sindemia* es un neologismo, y describe la conjunción entre patologías previas y una pandemia dando lugar a una sinergia. Se trata de una idea de enorme potencial, pues lograría hacer convergir las desigualdades socioeconómicas con la problemática ambiental al entender, por un lado, que un importante número de patologías previas se deben a desigualdades socioeconómicas (argumento mencionado ya más arriba); y que, por el otro, las pandemias son causadas por una relación tóxica (capítulo ocho) con la naturaleza. De esta manera, la emergencia de sindemias está directamente relacionada con la injusticia, tanto la social como la que se comete sobre otros seres vivos no-humanos y el medio ambiente en su conjunto.

Cuanto más nos adentramos en la lectura del libro, más amplios y abrumadores parecen los frentes abiertos por la enormidad de retos que la pandemia de la COVID-19 ha destapado (porque estar, ya estaban presentes con anterioridad). Hasta aquí hemos hablado de una comunicación de la ciencia y el riesgo con graves carencias; del problema que supone la concepción dualista de salud/beneficio económico en una

sociedad que trata a los cuerpos como recursos; de la apabullante degradación ambiental; de la necesidad de modificar nuestro sistema económico... A pesar de que la mayoría de autores y autoras intentan terminar sus intervenciones señalando que en todos esos frentes abiertos aguarda una posibilidad, es comprensible que los lectores podamos sentirnos abrumados e incluso impotentes frente a sucesos de magnitudes tan enormes. En este aspecto, el capítulo número diez, redactado por Cipriano Barrio Alonso y Raúl Carbajal López, resulta muy refrescante y aporta una de las notas más positivas de todo el libro. Esta sensación de positividad no viene, irónicamente, de lo que podrá hacerse en el futuro, sino de lo que se hizo en el pasado. Se trata de la contribución realizada por la comunidad *maker*¹ durante el confinamiento, en aquellos momentos en los que el sistema sanitario se hallaba saturado y al borde del colapso. La comunidad *maker* se movilizó, identificando las necesidades del sistema sanitario junto con sus posibilidades de responder a algunas de ellas, y pasaron a la acción, llegando a crear material de protección e incluso respiradores de emergencia. Pero el aspecto material no fue el único que debe hacerse notar: con su actuación mandaban un mensaje al personal sanitario, les decían que no estaban solos, que la ciudadanía, aun aquella que no podía abandonar su domicilio por no considerarse personal esencial, buscaba maneras de ayudarlos. En definitiva, que no se conformaban con ser actores pasivos a la espera de ver cómo otros luchaban para que las cosas se solucionasen.

A mi entender, este mensaje es de vital importancia, ya que uno de los efectos más duros causados por la pandemia y el confinamiento fue la sensación de impotencia que se adueñó de buena parte de la ciudadanía. Sumidos en la agradable ilusión de que las pandemias eran cosa de tiempos menos avanzados, de gente menos higiénica y con menores recursos tecnológicos, la COVID-19 se sintió como una piedra cayendo en un lago aparentemente en calma y rompiendo en mil esquirlas los reflejos que sobre su superficie habían parecido casi sólidos. Los ciudadanos y ciudadanas esperaban ansiosamente las comunicaciones diarias sobre el avance de la pandemia, sobre los datos que del virus se iban recopilando, sobre cuál era la nueva fecha prevista para

¹ Como se explica en el capítulo décimo, la expresión hace referencia a la «gran diversidad de personas y actividades que utilizan herramientas digitales para el diseño de objetos que fabrican mediante máquinas controladas por ordenador, en muchos casos construidas o modificadas por ellos mismos, en un entorno de cultura web».

terminar el confinamiento, sobre cómo y cuándo sería la «nueva normalidad», etc. El máximo rango de acción se limitaba a salir a aplaudir a los balcones, o a pasear al perro.

Cabe preguntarse si la pasividad a la que se forzó a la población, bajo la excusa de su propia seguridad y la de los otros, no fue excesiva, fomentando de esta manera la sensación de impotencia y desprotección entre los individuos. Pero en un contexto de futuro en el que se esperan nuevas pandemias, entre otros desastres naturales, la población no puede sumirse en la pasividad, no puede adoptar el rol del «paciente» en un mundo progresivamente enfermo a nivel medioambiental y social. Aunque los retos sean grandes, la actuación de la comunidad *maker* puede darnos una pista de cómo encararlos: como comunidad, con pluralidad, con una organización horizontal, conociendo aquello que cada uno de nosotros podemos aportar, fijando objetivos claros y no relatos de héroes y salvación milagrosa propia de películas *Marvel*. Construir, cada cual su pieza, cada cual su parte. Como hizo la comunidad *maker*, como han hecho los autores y autoras de este libro, que capítulo a capítulo crean una obra que mira de manera unánime hacia el futuro. Construir de nuevo la casa, pero no la misma: aprender que no se trata de cerrar mejor la puerta, ni de reforzar las ventanas, ni de vigilarse mejor los unos a los otros. La casa tiene que cambiar, tiene que tener un jardín lleno de biodiversidad que entorpezca la carrera de nuevos visitantes atolondrados, y todos los habitantes de la casa tienen que comprometerse con el cuidado del jardín y de sí mismos. Aquellos que en el pasado destrozaron el jardín, quizá tengan que comprometerse un poco más que los otros. Y, entre que reconstruyen y mejoran, no deben olvidar el pasado ni caer en la ilusión de que este ya no puede repetirse. Que mantengan los ojos bien abiertos, los atolondrados visitantes podrían regresar en cualquier momento.

